

ANTONIO OREJUDO

LUISGÉ MARTÍN

RAFAEL REIG

¡Mio Cid!

451.Re:

RODRIGO VOLVIÓ LA CABEZA Y CON LÁGRIMAS EN los ojos miró su casa por última vez. Vio las puertas con el dispositivo de seguridad desconectado y las antenas parabólicas sin cables coaxiales. Hacía esfuerzos por ser positivo, pero los presagios no le ayudaban: a la salida de Vivar se le había cruzado una corneja eléctrica por la derecha y luego, entrando en Burgos, otra por la izquierda.

Aunque allí los niveles de CO<sub>2</sub> eran altísimos, la gente se asomaba sin escafandra. Querían verlo antes de que se desterrara. Querían verlo, pero nadie le abría la puerta. Ni siquiera el Parador Nacional. Y eso que sus hombres llamaron a voces. Intentaron incluso tirar la puerta a patadas, pero estaba blindada y no se abrió. Fue un robot doméstico Nokia,

accionado a distancia por no se sabe qué vecino, el que se acercó a ellos con sus ruedecitas todoterreno y les informó de lo que había sucedido:

—Rodrigo —dijo con su voz humanoide y metálica—, el Presidente ha ordenado que nadie te dé alojamiento, y que nadie te venda comida. Anoche llegó un mensaje suyo. Nadie se atreve a desobedecerlo, porque le cortarían las retransmisiones deportivas. Tú no ganas nada con nuestro mal, así que destiértrate lo antes posible.

24

Ante semejante panorama, Rodrigo decidió marcharse de Burgos. Cruzó el río, que estaba seco por el cambio climático, y acampó en la orilla, que estaba llena de condones y de restos de barbacoa. Sus hombres buscaron entre la basura algo que comer, pero solo encontraron envases vacíos de hidratos de carbono picantes.

Vivía entonces en Burgos un tal Martín Antolínez, que pese a las órdenes dadas por el Presidente se atrevió a cruzar el río con su nave

nodriza y a abastecer a Rodrigo y los suyos de cuantos hidratos de carbono y proteínas necesitaban. Ah, y también les pasó unas tías eléctricas de usar y tirar. Cuando los hombres de Rodrigo le advirtieron que sería castigado por ello, Martín Antolínez dijo:

—Qué va, qué va. Con unos regalitos adecuados a su debido tiempo, el Presidente nos acabará perdonando, y al final seremos ricos, así que me voy con vosotros. Apostar por el Cid es apostar sobre seguro.

A Rodrigo le halagaron las pragmáticas palabras de Martín Antolínez.

—Te pondría un buen sueldo —le dijo—, pero estoy pelado.

—Haberlo dicho antes, hombre.

En un abrir y cerrar de ojos, Martín Antolínez preparó dos arcas llenas de arena, las cerró bien, como si tuvieran algo valioso, y se teletransportó por una dimensión no permitida del espacio hasta las oficinas centrales de Rachel & Vidas. Una vez allí preguntó por el director general, que era amiguete:

—Mira, Paco —le dijo cuando estuvo frente a él—, que han pillado al Cid quedándose con

los impuestos que cobraba a los marcianos. El Presidente se ha enfadado bastante y él se ha tenido que esconder. Te traigo estas dos arcas, que están llenas de joyas de su esposa y del Generalísimo Franco. Tú verás: no las puede colocar ni vender en ninguna parte, y el hombre necesita un préstamo personal ya mismo. Dice que te deja en depósito las dos arcas, si no las abres en un año. ¿Qué me dices?

El director general hizo sus cuentas. Calculó que además de las joyas del Generalísimo, el Cid había debido de sacar bastantes metales preciosos mientras patrullaba el espacio recogiendo el tributo de los marcianos. En fin, que en aquellas arcas podía haber lo que no estaba escrito.

—¿Cuánto quiere? —preguntó.

—Seiscientos marcos. Dinero B. Nada de transferencias.

—Hecho.

—¿Y para mí no hay nada?

El director general lo miró con sorna. Luego entró en su despacho y salió con un maletín.

—Toma —le dijo tendiéndoselo—, para que te compres ropa.

Cuando Rodrigo vio el dinero que Martín Antolínez traía consigo se emocionó.

—Te debo una —le dijo, y Antolínez tuvo que recordarle que no, que le debía dos: la de la comida con la nave nodriza y esta.

Quedaba poco para el destierro, y Rodrigo pensó que era hora de ir despidiéndose de su mujer y de sus hijas, que estaban en un monasterio. Pero antes de hablar con ellas, quiso entrevistarse a solas con el abad que las cuidaba.

—Quiero que ates muy corto a mi mujer y sobre todo a mis hijas. Nada de chicos, ¿eh? El himen se está pagando ahora mismo a diez mil, veinte mil marcos. Si a mi vuelta lo tienen intacto y las coloco, te paso el diez por ciento. Toma, cincuenta marcos para empezar. No tengo más. Todo lo que pongas de tu bolsillo, lo apuntas y luego yo te lo devuelvo multiplicado por cuatro.

En ese momento entraron doña Jimena y sus hijas. Doña Jimena se arrodilló ante su marido, llorando, y le besó las manos, lamentán-